

Félix Armando Núñez

Una despedida y un llamado (1)

Señores:

Aquel maestro de maestros hispanoamericano, maestro de educadores, maestro de pensadores y maestro de artistas, que asumió a principio de este siglo por imperio natural y derecho divino en la floreciente Montevideo el magisterio todo de nuestro continente, el insigne José Enrique Rodó, también maestro de la lengua castellana, con razón llamado nuestro Emerson y que en titánica y cíclica labor de cultura llegó a hombrearse con los mejores clásicos de todos los tiempos por la profundidad en el concepto, la noble asimilación de las más universales ideas, la elegancia y dignidad del estilo y la simpatía por el genio, típica de una generación que hoy, con raras excepciones, se va disolviendo entre el ruido del jazz y las disonancias de las rumbas, nos decía, nos dice y nos dirá, mientras nuestro idioma arraigue en la historia, que es el sentimiento y la imaginación incorporados como alma y espíritu al mecanismo de nuestro ser transitorio, nos dice sí por boca de Leucipo en momento presente eterno, en su parábola tan conocida «La despedida de Gorgias» y de la que siempre habremos menester por los fueros de la cultura que es más que de un vano pasatiempo de retóricos: «El postrer brindis será por quien desde el primer

(1) Discurso pronunciado en la velada de despedida de los alumnos del 6.º año del Liceo de Hombres de Concepción.

sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezcas las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella y la frente aun más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, por quien te venza con honor en nosotros».

Y Rodó, constantemente joven, porque sentía la pasión de la gloria, que es la más auténtica pasión de la juventud de las grandes épocas, se identifica con el filósofo y continúa el diálogo magnífico: «Por ese—dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió: ¡Por quien me venza con honor en vosotros!».

El mismo sentido de esta página magistral anima al Himno de los Estudiantes, contemporáneo del gran uruguayo y del gran hispanoamericano:

«Que los viejos maestros contemplen al tropel que los van a superar».

Alumnos amigos de los sextos años del Liceo de Concepción. Os hablo en nombre de nuestros compañeros, de vuestro Rector y Vicerrector y de los inspectores de este establecimiento, de tan bien ganado prestigio en todo el país. Me atrevo a más: a hablaros en nombre de una generación y en mi propio nombre: Vencednos en enhorabuena, mas vencednos de verdad; superadnos; pero que esa superación no sea sólo el color engañoso de quien ha cambiado de tienda o actitud ante la vida impulsado por la ley del menor esfuerzo. Amo a la América española como el que más. Me irrita, en cambio, la tartarinesca supervaloración de sus hombres y sus cosas. Genios, mártires, organizadores ha producido nuestra América española. Esperamos de entre vosotros y la juventud hispanoamericana.

hombres de esa estatura. Hay tronos vacantes como lo dice el título de una obra, que merecería recordarse, aunque no fuese más que por el título. Pero hasta ellos no se llega, sino por medio de la cultura conquistada en una severa disciplina de trabajo. Sed los cruzados de esa cultura, cuyo basamento son las humanidades. Es verdad que necesitamos riqueza. Pero Bolívar y San Martín y O'Higgins y Bello y los grandes juristas e historiadores chilenos y José Martí y Juan Montalvo y Cuervo y Rodó y Darío y cien más ¿vivieron acaso en medio de la opulencia? Necesitamos también la cultura desinteresada de las humanidades para que la constelación de los genios auténticos de la América española, que son como sus dioses tutelares, ante los cuales propios y extraños rinden tributo de admiración se prolongue sobre nuestras montañas, valles y océanos en miríadas de estrellas de primera magnitud. Y bien yo os digo: La cultura es un bien en sí, un arma fina y una coraza de acero en la lucha por la vida. Mas también os digo: vivimos, generalmente, en la América en un período de improvisaciones fáciles, bailando al último son vulgar o lánguido que nos tocan y no es la cultura cosa de improvisación, sino de dura tarea y sacrificio. Vuestros maestros tendrán que ser los clásicos de todos los tiempos que surgen como modelos de ciclopeos trabajadores intelectuales. Sin los clásicos, nada grande se ha hecho en definitiva en la humanidad. Lo demás ha sido confusión, anarquía, ignorancia de la naturaleza, que ni iguala, ni nivela, sino que se muestra en una jerarquía prodigiosamente rica en sus variedades.

Esta variedad existe también en el orden de los sentimientos. Y a uno de ellos quiero referirme especialmente ahora. Nuestra condición de profesores, nos obliga a una vida modesta. Pero la cortedad de nuestros recursos económicos queda ampliamente compensada con vuestro afecto hacia nosotros. Sentimos ese afecto durante toda la vida: que la vida no es tan simple como para que esas irisaciones tenues de lo afectivo no

dejen de constituir vivencias que se enlazan en nuestro ser como una sutil y finísima urdimbre de luz espiritual en un panorama interior hacia el cual volvemos constantemente los ojos del alma llenos de alegría. En esta época de materialismo exagerado cierre mi discurso la afirmación profunda de ese afecto recíproco.

Concepción, 1.º de diciembre de 1937.